

PAX . 323 . 10 . 46

Fax a Enric Serra

LOS CHINOS

212

José Agustín Goytisolo

La cuestión es de trascendental importancia. Ya sé que muchos de nuestros conciudadanos prefieren ignorar cuestiones apasionantes, revolucionarias y orientadoras, que pueden llegar a introducir el malestar en las familias. Pero los chinos existen, están ahí, pese a quien pese, a punto de saltar, a cualquier hora.

Me refiero, como ustedes ya habrán adivinado, al juego llamado de los chinos: Tres monedas por jugador, que puede llevar escondidas en una mano, o bien sólo dos, o una, o ninguna. Si son cuatro los esforzados, hay que calcular entre un máximo de doce (4×3), y un mínimo de cero (4×0). Entre ambos polos, caben todas las posibilidades. Cada jugador sale una vez, y dice un número; le sigue el compañero de su derecha y así hasta completar la vuelta. No se pueden repetir los números ya cantados anteriormente, en la misma vuelta.

Yo, en vez de practicar el peligroso jooging o de hacer el gilipollas paseando entre los coches en bicicleta, tragándome el humo de lo que ahora se llama, en mi segunda lengua, tubs d'escapament, juego cada día un par de rondas a los chinos, y bebo café con hielo. La partida suele empezar a las 20,30 y termina a eso de las 22 horas, (a las 10, p.m.). Mis compañeros, y adversarios, son siempre los mismos: don Trinidad Cruz, que se hace llamar el tuerto, encargado general de un gran edificio; Albert Rubinat, viejo militante ugetista, jefe de mantenimiento de un Hotel de lujo; un extraño personaje, rico empresario maderero, que se hace llamar la Désirée; y un servidor de ustedes, al que me llaman el cura. No se juega dinero, sólo las consumiciones, el que pierde. Una vez, hace siete meses, estuve a punto de pagar.